



El Tanatófago

CLAUDIA MORALES RAMÍREZ

Estudiante de la Maestría en Antropología Social en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social

Milan Sonev era un hombre común, y ayer a esta misma hora, no sabía nada de Mario, que hoy organizaba cada una de sus acciones y pensamientos. Había prendido la cafetera, la oyó gotear, y quizá, no recuerda bien, se reclinó contra la ventana. No se oía ninguna clase de accidente, ni siquiera un atropellamiento chiquito; de lo que está seguro es que no conocía aún a Mario. Apagó la televisión, no habían dicho nada de su interés.

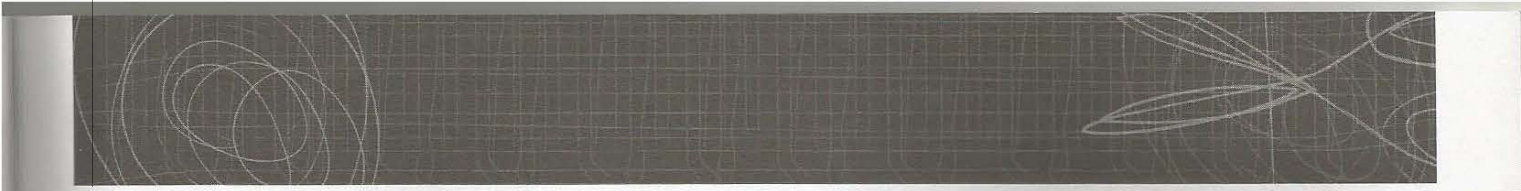
Fue al trabajo y no fue sino hasta que regresó cuando lo topó en el pasillo del edificio. Lo deslumbraron sus piernas color ébano, torneadas y brillantes por el sudor, el jovencito cargaba un balón de fútbol entre las manos. Mario subió los escalones de dos en dos, el blanco de sus ojos brilló en el claroscuro del pasillo.

—Mario, ¿qué horas son estas de andar en la calle?

Una mujer abrió la puerta de un departamento al fondo del pasillo, la ocultaba la oscuridad que no llegaba a espantar los focos. Mario se cruzó con Milan al final de las escaleras y le regaló una sonrisa extensa, antes de correr hasta donde la voz de su madre lo llamaba. Vio poco a poco oscurecer su espalda en el pasillo hasta que desapareció tras una puerta que se azotaba.

Milan Sonev era un hombre común, con la diferencia de que tenía un gusto peculiar: Milan Sonev era un tanatófago empedernido. Iba al súper como todos los hombres comunes, vestido siempre con trajes oscuros y zapatos pulidos con vaselina, daba clases de Matemáticas en una secundaria, y manejaba un coche azul; no tenía gatos porque siempre terminaban antojándosele. Pero le gustaba regar plantas, tenía un pequeño jardín en su terraza. Todos los que veían su departamento desde fuera pensaban: “Hé ahí la casa de un hombre común, que ama los jardines”. Milan Sonev no había amado nun-

ca, una vez pensó haberse enamorado de una niña, cuando era muy joven, en la época más amarga de su existencia: era una niña que ayudaba a su mamá a lavar la ropa en su casa, la veía colgar las sábanas en el techo, observaba cómo la ropa húmeda le mojaba la camisa, que se le pegaba a los pechos pequeños, apenas como dos picos tiernos sobre el pecho plano. Entonces, ya era un tanatófago irremediable, lo supo desde la adolescencia; él no vivía como los niños de su edad: de papitas y raspados con chile, o *bolis* después de clases. Él tenía hambre siempre, aún después de haber empujado la comida por su garganta. De niño se sentaba en la mesa de cedro cubierta por el mantel bordado de la abuela y comía bocado a bocado, mientras la abuela, su madre y su nana lo observaban y vigilaban como celadores su plato, “come, come, come”, todas se turnaban para recriminarlo; comía las papas hervidas, el caldo de huevos y bebía hasta el fondo el licuado de nopales con plátano. Aún así se dio cuenta que siempre tenía hambre. La primera vez que estuvo satisfecho fue cuando la abuela murió, después de pedirlo por años, en los que mantuvo una estable enfermedad curable, al fin, murió de vieja. Se acercó a ella, estaba vestida de blanco, sintió cómo el olor putrefacto emanaba de su boca abierta, estaban esperando a los de la funeraria, su madre lloraba en la sala, apretando una servilleta dentro de un puño. Milan se acercó a la boca de la abuela, le sacó la lengua, sopesó su tamaño, vio la lengua morada y seca, le dio un lengüetazo, sintió cómo su cuerpo se sacudía, cómo se enfriaban las plantas de sus pies. Se sintió extasiado por el amargo y espeso sabor de la muerte. Fue así como comenzó a recorrer el cuerpo flácido de su abuelita, a comer la materia viscosa que cubría el vello aún tibio de su cuerpo enjuto. Siguió por horas sin dejar ni un solo orificio sin probar, al final sintió su cuerpo reanimado, los sentidos



abiertos, seguidos de un adormecimiento sereno. Se sintió por primera vez satisfecho. Volvió a meter los restos de la lengua de la abuela dentro de su boca y la cerró, la vistió y compuso la cama. Regresó a su cuarto y durmió por primera vez sin morirse de hambre.

Ése fue el inicio de un vicio incontenible, por años intentó combatirlo, se limitó por once meses y medio. Pero desembocó en un hambre enfermiza, en el malhumor colérico que lo llevaba a encerrarse en el cuarto y decir oración tras oración. Su familia no era católica, ni religiosa; su abuela había sido la esposa de un ruso comunista que huyó de la Unión Soviética. No conocía ninguna oración, la única que sabía la aprendió solo: “Júzgame, ¡oh, Dios!, porque yo mismo he andado en mi propia integridad, y en Dios he confiado para no estar vacilante”, repetía el mismo versículo hasta que desfallecía por el hambre.

Fue en esos tiempos en los que llegó la hija de la lavandera, con las marcas de desnutrición en la cara y el cuerpo raquítico que también desfallecía por el hambre. Fue el deseo de poseerla lo que lo llevó a matar a los pájaros de su madre, a devorar sus cerebritos tibios, a destazarles y lamerles las concavidades de los ojos metiendo en ellas su lengua tibia y apremiada. Cuando la niña cayó de la azotea mientras colgaba la ropa, él corrió al patio a lamer el cuerpo ensangrentado. Cuando bajó su madre, la encontró muy limpia y hasta le pareció mentira que estuviera muerta. Esa niña estropeada sobre el piso del patio era la imagen más hermosa que Milan Sonev conservaba en su mente. Después de ese acontecimiento, Milan se volvió un hombre común, se mudó de la casa de su madre después de enterrarla, consiguió un trabajo, iba al supermercado y compraba víveres, también logró sobornar al vigilante de la morgue cercana para que lo dejara entrar una vez por mes. Desarrolló una rutina de ejercicios que lo mantuvieron sereno, y con la capacidad de aguantar el hambre y la ansiedad, hasta esa deleitosa única vez por mes en la que se le desbordaban todos los sentidos. Últimamente, no había habido muchas muertes, lo que lo tenía un poco decepcionado. Era una temporada baja de accidentes, todas las mañanas se preparaba café y prendía las noticias, ninguna tragedia significativa, nada. Había una carencia total de vísceras, salvo la cuota constante de los vagabundos atropellados.

Milan Sonev era un hombre común. Bastante feliz consigo mismo. Se consideraba ahorrativo, mesurado, ordenado y con una capacidad sorpren-

dente para resolver crucigramas y acertijos. Nunca había vuelto a enamorarse. Hasta que vio a Mario, y volvió a sentir una comezón intranquila en el cuerpo, y una respiración agitada; le pareció que lo veía en todas partes. En la mañana, cuando iba camino al trabajo, lo veía bajar las escaleras con el uniforme de alguna secundaria, con la mochila colgando a un lado y un balón dentro de una red. Mario tenía un olor que antes le había parecido nauseabundo, olía a tierra húmeda, a planta recién regada. Tenía un olor varonil y audaz que lo sofocaba. Comenzó a sentirlo siempre cerca de él, lo veía jugar en la calle desde su terraza cuando regaba sus plantas. Mario era en realidad malo jugando fútbol, pero se entusiasmaba, era sin duda el mejor amigo de los de su equipo, y quizá esa era la única razón por la que lo dejaban participar y echar a perder las jugadas. No importaba cuánto lo intentará, siempre terminaba en el piso: “Mario, era para acá, no en el poste”, “¡poste Mario, Mario postee!, ¡aaaaah... casi era gol, Maaarioo!”. Milan lo observaba desde su terraza, cortaba las hojas secas de sus plantas, las regaba con un atomizador. Mario se levantaba una vez más del piso, con las rodillas a punto de reventar en sangre, sangre caliente, sangre viscosa como mermelada, como la mermelada de pasa de la abuela. “Júzgame, oh, Dios, porque yo mismo he andado en mi propia integridad, (con grumos suaves) y en Dios he confiado para no estar vacilante, (y tibios)”. Arrojó el material y entró a la casa, estuvo mucho tiempo viendo al techo, apretando los ojos hasta observar manchas de colores. Tenía un hambre insaciable, pero era más que hambre, era un antojo voraz que lo consumía. Caminó alrededor de su departamento, hasta que al final, decidió, sin saber bien por qué lo hacía, tocar a la puerta de ese departamento al final del pasillo; se peinó, y colocó dos libros de Matemáticas bajo el brazo.

Le abrió la madre, era una mujer joven —¡Ah el maestro de Matemáticas!, justo había pensado en usted, viera que Mario, mi hijo... verá usted, son su coco las matemáticas, muy listo para todo lo demás, pero son las condenadas matemáticas, las que no le entran— dijo, mientras le servía una taza de café. La casa tenía muebles cubiertos por pequeños manteles bordados y fotos de Mario en todas las etapas de la infancia; oyó el sonido de una jaula de pájaros que colgaban de la terraza. —Ah, ¿le gustan los pájaros? Son mi adoración, pero siempre se me desaparece uno, sin importar lo que haga, siempre, siempre.

El olor de Mario poblaba la casa, los sillones olían a su piel juvenil, y en el pequeño patio de la cocina estaban colgados sus uniformes y la ropa del fútbol. Intentó ser amigable con la madre, pero sentía todo su cuerpo a punto de estallar por la necesidad de satisfacerse, consolarse apretando fuerte la cabeza de Mario contra su pecho. Dejó los libros sobre la mesa de la cocina, se despidió y salió del departamento. —¿Está usted bien?— oyó la pregunta extinguirse en la oscuridad. Justo salía del departamento cuando encontró a Mario terminando de subir las escaleras. Se observaron por varios minutos, hasta que Milan comenzó a subir la escalera angustiado, reconoció la mirada ansiosa del niño. Oyó cómo Mario dejaba caer sus cosas para seguirlo, escuchó sus pasos chocando contra las losetas,

después de los suyos, siguiéndolo de cerca, lo necesitaba más cerca de él. Subió el último piso hasta llegar a la azotea, el viento le golpeó la cara de lleno, la ciudad entera resplandecía como en llamas debajo. Sintió el tembloroso aliento de Mario detrás de él, caminó los últimos pasos, volteó a ver su figura, su cuerpo delgado y construido, el color ébano de sus brazos que temblaban ansiosos; Milan Sonev lo observó con ternura, estiró una mano y tocó la piel del muchacho, hervía en fiebre, acercó su pulgar a sus labios y lo introdujo dentro de su boca, antes de dejarse caer de espaldas, sin dejar de verlo a los ojos hasta que le fue posible, y reconoció dentro de su mirada, burbujear un hambre tan malsana como la suya y también se vio a sí mismo: vio cómo su propio cuerpo pálido y mórbido se precipitaba.



Death, Pamela Carballo Hernández